

LAS BANDERILLAS

La tradición dice que fueron los moros quienes introdujeron a los jinetes en las corridas de toros durante su conquista de España. Lo mismo se aplicaría a las banderillas. Su origen se remontaría a flechas envueltas en cintas, que luego fueron plantadas una a una y en una "suerte" poco arriesgada, muy cercana a la que ahora se llama el giro en U (esp: en la media-vuelta). Fue solo en el siglo XVIII, y en el nacimiento de las corridas de toros modernas, que se usaron en parejas, de acuerdo con reglas precisas que hicieron de su pose un juego de audacia y elegancia, al menos cuando es practicado por maestros del arte. Debido a que las banderillas ocupan por completo la segunda vez (o *tercio*) de la corrida de toros, autores aficionados al academicismo, han sostenido con frecuencia que su propósito era fortalecer la acción de las picas. Hablar de castigo sobre banderillas es empujar un poco más lejos la sistematización. Su punta (con la excepción de las banderillas negras, reservadas para *mansos*) no es lo suficientemente grande como para hacer daño a los toros. Las tres o cuatro paradas, con las que se acompaña su instalación, no ejercen más efecto sobre las patas de los animales que un simple *recorte* dado secamente con la capa. En cuanto a corregir los golpes de cuerno, como a veces se afirma, es algo muy dudoso. Ciertamente, si el ánimo lo cuelga a la derecha, es decir en el lado de la salida del matador en la estocada, y que plantamos todas las banderillas en el lado izquierdo, reducirán su propensión a defenderse a la derecha. Pero, en general, se distribuyen indiscriminadamente por ambos lados y lo máximo que puede pasar, es que un toro acogedor busque deshacerse de ellos y aprenda, de esta manera, a sacudir la cabeza peligrosamente.

En verdad, la bestia sale bastante sin aliento de sus repetidos ataques contra los picadores y, a menudo, su visión se ha vuelto borrosa bajo el efecto de la sangre que ha llegado a sus ojos. Un respiro de unos momentos debe necesariamente dejarse a él antes de que el matador entre en escena. Y, mientras el público se distrae con la destreza de los banderilleros, esta recuperación se mantiene dentro de límites cautelosos por las pocas razas que se imponen al animal.

El segundo *tercio* encuentra su justificación sólo si se lleva a cabo "rápido y bien" según la expresión consagrada. El presidente de la corrida de toros no dudará en detenerlo ante las tres parejas tradicionales, si se arrastra en longitud o contribuye a agotar las últimas cargas de un toro, demasiado largo picado, o incluso físicamente débil.

*

* *

La técnica del banderillero no plantea ningún problema difícil. Consiste en ponerse en el campo del toro para llamarlo, y, cuando está bien embarcado a su cargo, ganar el cuerno, plantar, pasar el suelo del hombre y salir. La forma en que uno lo hace, para ganar el cuerno y volver a poner al toro en su campo, por sí sola diferencia las diversas *suertes* de banderillas. Esto se puede hacer mediante un arco descrito cuando uno se acerca al animal y es la pareja

con el *cuarteo*. Se puede hacer ganando velocidad la aceleración de su carga y es el par de poder a *poder* (lit. de potencia a potencia). En el quiebro (ya sea que se haga a lo largo de las barreras, es decir, en la línea de separación de los campos, o en un punto ubicado más adentro de la arena), el resultado deseado se obtiene por la finta o brecha que da nombre (*quiebro*) a la *suerte*. Solo hay una excepción a esta regla general, el pair au *sesgo por fuera*. Se aplica a los animales que han tomado un punto de apoyo en la barrera y no quieren salir. El banderillero se precipita sobre la línea de separación de los terrenos, que pasa por la punta de los cuernos, y clava al pasar. Esta es quizás la *suerte* más meritoria, porque el hombre procede, se podría decir, a un toro detenido. También se practica *por dentro*, es decir a lo largo de la barrera, con un oponente valiente no arrinconado a este último. Las piernas, que le permiten apresurar su carrera en el momento adecuado, y una buena mirada, para juzgar las velocidades comparativas del hombre y la bestia, son esencialmente las cualidades del banderillero. La belleza del juego está en su virtuosismo, que puede hacerse más brillante colocando al toro de tal manera que le dé, desde el principio, la máxima ventaja sobre el hombre, siempre que, por supuesto, tenga una carga larga y franca. Los matadores españoles, a diferencia de los mexicanos, han abandonado un poco el arte de las banderillas. Los dos maestros, en las noticias, son Pepe Dominguin y Carlos Arruza. A nosotros hay que añadir algunos excelentes *peones de cuadrilla* como Magritas, Boni, Luis Morales, Faroles, Iglesias...